

## DOS DISCURSOS MASÓNICOS DE MANUEL ROJAS<sup>70</sup>

Pablo Concha Ferreccio  
Universidad de Chile  
pabloconchas@gmail.com

Manuel Rojas fue miembro de la masonería entre 1943 y 1950. Durante sus casi ocho años en la logia “Germinación” N° 81, dependiente de la Gran Logia de Chile, alcanzó los tres grados de la orden (primero, aprendiz; segundo, compañero; tercero, maestro) y participó regularmente en los dos ámbitos de acción que distinguen a un taller (otro nombre para una logia): la acción masónica, que atañe a asuntos de la orden; y la acción profana, referida a su vínculo con el resto de la sociedad. Por haber sido una de las comunidades en que Rojas buscó encauzar una acción transformadora en y de la sociedad, la asociación de tipo masón debe entenderse como un hecho gregario con una innegable arista política; sin embargo, por tratarse de una organización que pone en primer lugar el perfeccionamiento del individuo, no debe perderse de vista su naturaleza esotérica. La relación entre ambas dimensiones y el importante papel del simbolismo en la masonería podrían explicar el atractivo que tuvo para Rojas la orden, habida cuenta de que las sociedades esotéricas nunca le habían sido indiferentes<sup>71</sup>.

El ingreso de Rojas en la masonería es a la vez explicación y síntoma del afianzamiento del escritor en la clase media durante los años cuarenta, en un proceso que había comenzado en 1928, al aceptar el cargo de bibliotecario en la Biblioteca Nacional que le ofreciera Eduardo Barrios. Ya a comienzos del siglo XX la masonería tenía un marcado perfil mesocrático y una estrecha relación con el Partido Radical (Vial 134-143; Del Solar 14) y con la Universidad de Chile. En 1943 Rojas dirigía las prensas de la Universidad de Chile y un par de años más tarde llegaría a ser director de los

---

<sup>70</sup> Este texto se ha escrito en el marco de la beca CONICYT-PFCHA/Doctorado Nacional/2019-21192077.

<sup>71</sup> A fines de la década del diez, Manuel Rojas, Carlos Caro, González Vera y Sergio Atria fundaron la hermandad literaria Los Cansados de la Vida, “modestísimo club de suicidas”, según palabras de Atria (210). En la crónica más sustanciosa sobre el grupo, Rojas adquiere gran protagonismo: además de proponer el nombre del colectivo a partir de una cita del cuento “El extranjero” de Andreiev, dirige el rudimentario y, finalmente, fallido proceso de iniciación de un “nuevo hermano”, el poeta Alberto Rojas Jiménez (Atria 209-211).

*Anales* de la esa casa de estudios. Entrar a la orden en los años cuarenta significaba acceder a una gran red de contactos políticos y administrativos que se repartían por diversos escalafones del aparato estatal. Su ingreso a la orden, sin embargo, no se dio a través de los canales del funcionariado público, sino gracias a su amistad con Eduardo Tischell y O'Higgins Palma, dos amigos del Club Andino de Chile, institución cuyas redes de todos modos se cruzaban con las del Estado<sup>72</sup>.

Entre los discursos de Rojas que encontraron acogida en su taller hay dos que destacan en importancia, y que además hemos podido recuperar íntegramente: “Significado de la Iniciación” (1945-1946) y “Discurso del Q. H. Orador” (1947). Ambos están dedicados a la ceremonia de iniciación, quizá la instancia ritual más significativa en la vida de un masón, y ciertamente en la vida masónica de Rojas<sup>73</sup>. A pesar de su cercanía temporal, la situación comunicativa y el lugar de enunciación de cada uno son distintos, pues si Rojas escribe el primero siendo aprendiz y debe, en parte, demostrar el conocimiento a que ha llegado respecto de la filosofía de la orden, el segundo es elaborado para la ceremonia de iniciación de nuevos miembros, por lo que busca dar la bienvenida e instruir preliminarmente a los recién iniciados acerca de la orden. Considerados desde lugares asimétricos en jerarquía y la distancia de tres años entre uno y otro, estos textos dan cuenta no solo de la perspectiva de Rojas sobre el ritual de iniciación, sino además sobre la orden considerada como organización humana.

La importancia de estos escritos se debe además a que son los únicos que Rojas escribió *para* sus compañeros masones. Es decir, se inscriben en una situación comunicativa que nos fuerza a transitar desde la imagen del escritor público a la del miembro de la orden (privada), miembro que, al momento de publicarse “Significado de la Iniciación”, acaba de alcanzar una jerarquía superior en el taller, el grado de maestro. El que escribe en la *Revista Masónica de Chile es y no es* el escritor reconocido en el campo literario, ese que en los años cuarenta publica sus crónicas de viaje en *Las Últimas Noticias*, sus ensayos, cuentos y poemas en *Babel* y diversas antologías desde 1942. Ahora bien, quien escribe el discurso para los recién iniciados ya ha llegado a un nivel de autoridad en la logia que es equivalente a la que goza en el campo social.

---

<sup>72</sup> En otro lugar he propuesto una lectura de las redes sociales (laboral y recreacional) de Rojas en los años treinta y cuarenta, con el fin de explicar su arribo a la masonería. Allí se encuentran también algunas hipótesis de trabajo para abordar las interrogantes que abre esta participación (Concha Ferreccio, 2020).

<sup>73</sup> Esta era una impresión generalizada. Por ejemplo, en la revista masónica *El Aprendiz*, un tal “Júpiter” afirma en 1935 que “sin duda, pocas ceremonias habrá como la de iniciación, que tengan mayor trascendencia tanto para la Orden, ya que para ella representa nada menos que su función generadora, como para los profanos, a los que significa el nacimiento a una nueva vida de enormes responsabilidades y sacrificios” (1).

Justamente por producirse en una situación comunicativa privada y altamente codificada, de carácter esotérico, estos textos pueden aportar a nuestra comprensión del proyecto literario e intelectual rojiano en una línea distinta y que entabla diversas relaciones con, la derivada de un prisma anarquista, a la que la crítica recurre con frecuencia y que ha prevalecido para leer los textos de Rojas. Si resulta que la filiación masónica de Rojas se inscribe en buena medida en lo que Jaime Concha caracterizó como un humanismo arcaico, masculino y popular (38-40), cuyo eje es el trabajo como faena productiva y redentora, estos textos nos dejan entrever la modulación específica que ese ideal tuvo en un momento en que las redes de Rojas no eran ya las de la marginalidad, sino las de una clase media ilustrada con poder efectivo sobre la conducción del país. Estas líneas, además, lo presentan en una posición de autoridad, que a más de alguno podría parecer disonante con la imagen dominante del autor, la que a ratos parece haberse congelado en su juventud.

“Significado de la Iniciación” fue leído en tenida (reunión) el 25 de mayo de 1945 (Plancha 1<sup>er</sup> Gr., s/n), mientras Rojas aún era aprendiz, y a mitad del año siguiente se publicó en la *Revista Masónica de Chile*, medio dirigido a masones y dedicado a diversos asuntos doctrinarios. En efecto, el 7 de junio de 1946 (Plancha 1<sup>er</sup> Gr. N° 15), Eduardo Tischell, hermano guía de Rojas (quien lo asiste en sus inicios dentro de la orden), comenta que en el último número de la revista ha aparecido un texto de Rojas. Al final del texto que damos a conocer se lee “M.R. // Resp. Lo. [Respetable Logia] No. 81”. Por lo demás, es el único texto publicado por un miembro de aquella logia en ese número, y las iniciales son evidentes.

Como discurso, los comentarios que suscitó fueron favorables y giraron en torno al significado arquitectónico de obras que se inscriben en la historia y en la simbología masónica, como las pirámides y las catedrales. La plancha (acta) de aquella sesión, de 1945, no adjuntaba el discurso mismo, por lo que no es posible saber si hubo cambios entre esta versión y la publicada en 1946. Por otra parte, los dos años que median entre la iniciación de Rojas (el 30 de julio de 1943) y este escrito, así como su género textual y su lugar de enunciación dan a entender que este es un trabajo de reflexión hecho para la logia y no, como podría pensarse, las impresiones de iniciación de Rojas. Estas impresiones suelen ser el primer trabajo que se encarga a un masón recién iniciado, y en ellas se debe dar cuenta de la experiencia personal vivida durante el ritual iniciático. Tal carácter testimonial está ausente del texto que presentamos; se trata, en cambio, de una reflexión conceptual acerca de la iniciación, aunque no por ello exenta de emoción, como se advierte sobre todo en el final.

Rojas cita indirectamente la reflexión sobre la iniciación que hace Oswald Wirth en su *Libro del aprendiz*, hasta hoy el volumen de referencia para la instrucción del primer grado de la masonería, y que a Rojas le habría sido entregado el 24 de marzo

de 1944<sup>74</sup>. De ahí toma Rojas la observación etimológica de “iniciación”, así como la importancia dada al evangelio de Juan, sobre cuya introducción se solía prestar juramento masónico. El simbolismo solar de Juan explica que el iniciado, en tanto iluminado, pudiera llamarse “hermano de San Juan” (Wirth 25-27). Ahora bien, Rojas se refiere sobre todo al sentido de transformación renovadora que obtiene la iniciación, para lo cual rescata un sentido antropológico y universalista. Compara entonces la iniciación masónica con la iniciación de los Selknam, la conocida ceremonia del Hain. Esta analogía se extenderá, con marcado organicismo, hacia la que proyecta los ritmos vitales de la semilla en los del hombre, con lo que retoma a Juan. Acorde con la doxa masónica, Rojas se sirve de la analogía para caracterizar el avance espiritual y moral de quien ha ingresado en la orden.

Rojas toma el simbolismo del hombre-semilla que germinará en trigo y cita al Eclesiastés para transmitir la idea de un tiempo cíclico (el uróboros). Además, hace mención a la luz espiritual al afirmar que la iniciación masónica está dentro de aquellas “que entregan al iniciado algo imponderable, como ser atributos o valores morales y espirituales, sin valor colectivo alguno”. Luego, menciona que “el primer soplo” de la Orden al neófito es “la adquisición de un sentimiento de humildad, de bondad y de tranquila tolerancia”. Esta es, pues, la luz espiritual. Sin embargo, el texto se ocupa más de la transformación que acontece en las sombras que de los efectos de la luz en el nuevo compañero. Al hablar de la semilla vegetal, de hecho, Rojas no menciona la luz ni su fuente, el sol, sino únicamente a la tierra y sus cualidades, que aquí representan al templo y las energías morales y afectivas que circulan en su interior. Este énfasis en el proceso de despojamiento espiritual y material, que marca el umbral entre vida antigua, muerte actual y anunciación de una vida nueva, permite notar el interés de Rojas por una zona particular de la simbología masónica más que por otra.

Una semana después de leer su trabajo en logia, Rojas aumentaría su salario, es decir, se convertiría en compañero, el segundo grado de la orden (Plancha 1<sup>er</sup> Gr., N° 1, 1° jun. 1945). Asimismo, un mes después de publicar su texto en la *Revista Masónica de Chile*, el 10 de julio de 1946, sería exaltado a maestro, el tercer grado. Como se ve, el texto se encuentra en dos momentos decisivos de la vida masónica de Rojas. Al respecto, no es descabellado imaginar que su avance en jerarquía al interior de “Germinación” fue facilitado, en parte, por el compromiso demostrado mediante la escritura de un texto acerca de la orden, habida cuenta de la alta opinión que sus compañeros tenían acerca de su oficio literario. Esto último es evidente, por ejemplo, en el comentario que uno de los fundadores de la logia, Clemente Lizana, hace

---

<sup>74</sup> En la plancha de esa tenida se lee que a Rojas y a otros cuatro miembros se les entregó certificados de aprendiz y “un ejemplar del catecismo del grado” (2), correspondiente al penúltimo capítulo del libro de Wirth.

de Rojas en la tenida que lo convertiría en maestro, al recordar “la opinión que una vez manifestara el escritor peruano Ciro Alegría, cuando dijo que el Q. H. [querido hermano] Manuel Rojas era el mejor escritor chileno” (Plancha 3<sup>er</sup> Gr., N° 5, p. 2)<sup>75</sup>.

En cuanto al “Discurso del Q. H. Orador”, dijimos que se trataba de un discurso que Rojas da en calidad de maestro. Agreguemos que lo da porque es el orador, uno de los cargos que componen la oficialidad (el “gobierno”) de una logia, cuya responsabilidad es velar por el respeto de la ley al interior del taller (Beresniak 22). Es el “intérprete de la tradición masónica” (Martín 530). Rojas fue elegido orador en 1947; en 1948 fue orador de facto, al cubrir regularmente al orador oficial, y en 1950 declinó asumir el cargo a pesar de haber obtenido la primera mayoría en la votación correspondiente. Por fortuna, encontramos dos copias de este discurso adjuntas a la plancha de la tenida en que fue leído, el 23 de julio de 1947. Entre otras funciones, el orador hace los discursos en las tenidas de aumento de grado y, por excelencia, en las de iniciación<sup>76</sup>. De ahí que Rojas de cuenta en este discurso no solo de la doxa masónica, sino que además ofrezca una lectura razonada de aquella.

En este caso, y como en otros discursos y comentarios ofrecidos en logia, el texto de Rojas se caracteriza por su ánimo pedagógico y su alto sentido moral (y moralizante). De ahí que no se refiera a lo que la masonería *es*, sino a lo que *debería ser*. El idealismo de estas palabras se complementa con un espíritu de sacrificio y un deber de perfeccionamiento personal en sintonía con el antiguo concepto de “camino de perfección”, cuyo itinerario puede describir apropiaciones múltiples (la *beatitudo* del estoicismo latino, la bienaventuranza de los evangelios cristianos, el redentorismo de las ideologías progresistas modernas o el civismo republicano, difícilmente concebible sin su contraparte liberal). El rigor en el actuar personal, derivado del imperativo categórico kantiano, se traduce además en la crítica a aquellos elementos que él juzga como inadecuados o derechamente vergonzantes de ser llamados “hermanos”. La crítica, que había sido esbozada tempranamente por Rojas en su taller, da cuenta tanto

---

<sup>75</sup> Recuérdese que en estos años Ciro Alegría era uno de los más populares escritores del continente, tras ganar en 1941 el premio latinoamericano de novela Farrar & Rinehart con *El mundo es ancho y ajeno*.

<sup>76</sup> En esta tenida específica Rojas se dirigía a los recién iniciados Juan Hermansen Larcher, abogado particular, doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales (Ecuador), militante del Partido Radical y miembro del Instituto Chileno-Francés de Cultura; y Óscar Ruiz Bourgeois, licenciado en comercio y economía, con experiencia en empresas agrícolas, frutícolas y mineras (miembro, de hecho, de la Sociedad Nacional de Minería) y secretario del senador liberal Hernán Videla Lira (Empresa Periodística Chile 580, 1095-1096). Entrego estos datos para dar una idea del espectro social y político en que se movían los masones que ingresaban a la logia de Rojas.

de sus expectativas canalizadas en la orden, como de sus insatisfacciones encontradas en el interior de aquella:

la O. M. [orden masónica] no debe ni puede ser refugio de poltrones o de indiferentes, como no puede ser albergue de gente que no sabiendo qué hacer con sus ocios mentales o fisiológicos, viene a ella en busca de entretenimientos agradables; tampoco puede ni debe ser trampolín para los que no pudiendo ganarse una situación por sus propios medios, esperan encontrar en la M. [masonería] quien les ayude a saltar hacia posiciones más expectantes que la que tienen o merecen.

En este texto resuenan también posiciones que se encuentran en sus ensayos y textos literarios publicados en *Babel*. El fuerte idealismo que atraviesa estos textos es el mismo en las dimensiones pública y privada, aunque su objeto y las consecuencias que se derivan de él varían. Allá y acá Rojas da preeminencia a la dimensión individual antes que a la social. En conformidad con los postulados cosmológicos masónicos, lo individual es ontológicamente anterior. En relación dialéctica, sin embargo, se encuentra la comunidad, que Rojas sugiere mediante un énfasis en la fraternidad como principio de vinculación con otros. Cuando menciona “las tres virtudes que los masones tienen en más alta estima”, escribe “la fraternidad, la tolerancia y la fraternidad”; elocuente modificación y lapsus: modificación porque estas tres virtudes son “igualdad”, “libertad” y “fraternidad”, y porque repite este último término. La insistencia en la compañía, que contrapesa el dominio meramente individual, se puede leer además con la metáfora del discurso anterior entre la tierra y el templo masónico y con la idea de religión como “religación”. La sociedad debe ser transformada a partir de elementos probos, puros e íntegros, como escribe Rojas, quienes funcionarían como faros en sus distintos medios sociales: “debemos vigilar la pureza y la integridad de cada uno de los hombres que se forman en nuestras filas o que ingresan a ellas”.

No sorprende entonces la ausencia de un puente enfático entre lo individual y lo social en su discurso; el puente está implícito: *es* el individuo. De forma similar, cuando Rojas considera a Trotsky y a la revolución rusa, lo hace desde un énfasis ideático-emocional que los vuelve eternos, los convierte en símbolos o arquetipos, a pesar de (o quizá por) haber sido asesinado el primero y traicionada la segunda (cf. “El último combatiente (Trotsky)”; “Versos para la revolución de octubre”). La culpable de ambas traiciones, escribe Rojas, ha sido una realidad de segundo orden, concreta y objetivable; y más aún: “Entre ambas realidades existe la diferencia que existe entre una religión cualquiera y su iglesia: la primera es la fuente; la segunda, su capitalización” (“España otra vez” 138). ¿Habrá concebido Rojas a la masonería como esa iglesia que, por ser una escuela del individuo y disponer para su formación del tiempo y de las herramientas necesarias, podría garantizar hombres que no traicionarían el ideal? Es algo plausible si leemos su alejamiento, en esta época, del proceso histórico

de la revolución. Con la revolución traicionada, Rojas podría haber concebido la masonería como un refugio donde fraguar los elementos necesarios para transformar *efectivamente* a la sociedad. Esta transformación no era ya la redención absoluta y mesiánica de ese anarquismo en que Rojas se había formado políticamente; era, más bien, una que debía avanzar a paso lento, fruto del trabajo imperfecto pero constante de hombres también imperfectos que simplemente anhelaban una sociedad mejor que esa en que habían nacido.

.....

### SIGNIFICADO DE LA INICIACIÓN<sup>77</sup>

Trabajo leído en la clausura de las Cámaras de Aprendices.

El significado más simple de la iniciación debe buscarse en la palabra misma, que viene del latín *initium*, principio.

En el evangelio de San Juan, podemos leer: “De cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, no dará fruto; mas si muriese, mucho fruto llevará”; esta sentencia se repite en la epístola a los Corintios: “Necio, lo que tú siembras no se vivificará si no muere antes”.

La iniciación tiene siempre un carácter religioso, de unir en el sentido más simple de esta palabra; une a un individuo con un grupo, con una tribu, con un pueblo, con una sociedad o con una institución. La idea del salvaje tipo, o sea del individuo sin frenos morales, absolutamente indiferente al bien o al mal, pierde terreno a medida que se estudian sus sociedades secretas y sus ceremonias rituales. En Chile, por ejemplo, y durante muchos años, se tuvo la peor idea de los indios yaganes.

El misionero Bridges fue el primero que recogió algunos datos sobre sus ceremonias; Martín Gusinde, misionero y antropólogo, amplió esos datos, asistiendo a dos ceremonias iniciáticas, en calidad de neófito. Daremos algunos datos principales: 1. La ceremonia era secreta; 2. Se desarrollaba en una especie de templo construido exprofeso por los yaganes; 3. El iniciado entraba a él con la vista cegada; 4. Se exigía a los iniciados cierto grado de capacidad, crítica y dominio de sí mismo; 5. No debía contar a nadie lo que viera u oyera. La finalidad del chehams, puede resumirse en la siguiente frase: “Cada uno debe llegar a ser un yagán bueno y útil”.

Mirando en conjunto las iniciaciones y considerando por separado la índole de todas y de cada una, se echa de ver que existen dos grandes ramas: una, formada por aquellas que conceden al individuo algo que se puede apreciar tangiblemente, como

---

<sup>77</sup> Originalmente publicado en *Revista Masónica de Chile* 2-3 (1946, año XIII, abril-mayo): 86-87.

ser, derechos sociales, religiosos o naturales, y otra, constituida por las que entregan al iniciado algo imponderable, como ser atributos o valores morales y espirituales, sin valor colectivo alguno. Entre estas, debemos colocar la iniciación masónica.

En la iniciación masónica, tal vez más que en otras, se opera lo que podríamos llamar muerte y resurrección, o muerte, fecundación y nacimiento del alma de un ser, proceso que remeda maravillosamente el proceso que el grano de trigo u otra semilla cualquiera sufre al ser arrojada sobre la tierra. La muerte del iniciado es, en verdad, simbólica, aparente, pero aparente también es la de la semilla, y simbólica también, ya que simboliza la vida, o sea, la guarda en sí, la anuncia, la representa; y así como del grano saldrá otro grano, así del alma del iniciado saldrá otra alma, más poderosa o más sensible, pero en todo caso un alma. “¿Qué es lo que fue? —pregunta el Eclesiastés—. Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará, y nada hay nuevo bajo el sol”.

El iniciado masón, muerto simbólicamente, pierde simbólicamente su voltura profana, conservando lo que le permitirá desarrollarse en su nuevo estado, y alcanzar un grado superior de vida: pensamientos, sentimientos, virtudes, que son para él lo que las sales, los ácidos y los minerales son para la semilla.

He aquí un labrador que lleva apretado en su mano un grano de trigo: lo ha escogido concienzudamente, sabe de qué mata proviene, a qué familia pertenece, cuánto mide y hasta cuánto pesa. Ha escogido también un trozo de tierra, un pequeño trozo de un centímetro cuadrado —no se necesita más—, y hunde en ella el grano, lo tapa, procurando que la tierra no quede demasiado apretada ni demasiado suelta, se sacude las manos y se aleja satisfecho.

Ved aquí, por otra parte, a un masón que trae de la mano a un neófito: la ha escogido también concienzudamente, sabe de qué individuo se trata, qué espíritu y qué corazón, qué inteligencia y qué índole tiene y qué posibilidades de desarrollo posee.

Pero, supongamos que ni el labrador ni el masón se han equivocado y sigamos el viaje de estas dos semillas: la vegetal y la humana. Tenemos a la semilla bajo tierra y al neófito en la Cámara de Reflexiones, ambos aislados del mundo exterior, ambos en la oscuridad, ambos amenazados por la muerte y ambos sin saber cuál destino será el suyo. La semilla, por su parte, germina y da sus hojas y sus frutos. El neófito, entretanto pierde también peso: se desprende, en primer lugar, de su personalidad profana y, en seguida, de sus metales y de sus ropas. Al perder todo esto, pierde el mayor peso que el ser humano puede arrastrar en su vida: el orgullo, la vanidad o una autoestimación desmedida. Al perder en cantidad, al perder peso, gana en calidad, y en valor específico, así como los minerales lo ganan al desprenderse del material innoble que los envuelve; y, como nada que esté en proceso de crecimiento puede perder una parte de sus elementos, por malos que estos sean, sin que, bajo peligro de muerte, otros vengan a reemplazarlos, he aquí que la pérdida de aquella personalidad profana, de aquel orgullo y de aquella vanidad, es compensada por la adquisición de



un sentimiento de humildad, de bondad y de tranquila tolerancia. Es el primer soplo que el neófito recibe de la Orden.

Volvamos nuevamente a la semilla.

Si no ocurre alguna catástrofe, si el labrador no descuida su siembra, el grano de trigo se convertirá en lo que todos esperamos: en una vigorosa planta primero, en suave harina después, y en sabroso pan finalmente.

El neófito, por su parte, a pesar de ser un hombre y no un grano de trigo, está siendo tratado como si fuera una semilla vegetal.

Tal podría ser el significado de la iniciación masónica, considerada en sus aspectos formal y filosófico.

El ritual de iniciación masónica favorece y ayuda a engrandecer la naciente vida del iniciado.

Por eso, queridos hermanos, cada vez que un hombre cegado golpee violenta o angustiosamente a la puerta de nuestro taller, con esos golpes que recuerda a los perdidos en la noche, recordemos que más que a una puerta golpea a nuestro corazón y a nuestro espíritu. Abrámoselos, y que vea en ellos una pureza que lo haga más puro, una firmeza que lo haga más firme, una rectitud que lo haga más recto y una fraternidad que lo haga más fraterno.

M. R.

Resp. Lo. No. 81

#### DISCURSO DEL Q. H. ORADOR

V. M., Q. H. V., Q. H., Q. H. R. I. [venerable maestro, queridos hermanos vigilantes, queridos hermanos, queridos hermanos recién iniciados]<sup>78</sup>:

La Resp. Log. [respetable logia] “Germinación” N° 81 ha realizado una vez más, y quizá con más amor que brillantez, la ceremonia que los masones consideramos como nuestra ceremonia, es decir, la más hermosa de las que realizamos, hermosa porque en ella se concede a un hombre, hasta ayer desconocido para muchos de nosotros, tres atributos de alto valor. El de ser masón, el de ser considerado y llamado hermano por los masones y el de que él, a su vez, pueda considerarnos y llamarnos del mismo modo, y hermosa también porque en ella resplandecen y se alaban las tres

---

<sup>78</sup> En las tenidas de primer grado se llama “venerable maestro” a la principal autoridad de la logia; “vigilante” es el cargo que le sigue inmediatamente en jerarquía, y es desempeñado por dos masones; los “queridos hermanos” o simplemente “hermanos” son los miembros del taller en general.

virtudes que los masones tienen en más alta estima: la fraternidad, la tolerancia y la fraternidad, virtudes que la O. M. [orden masónica] tiene especial interés en desarrollar y estimular en todos aquellos que llegan hasta sus templos en busca de lo que la vida profana no ha podido ofrecerles.

Pero todo ellos, Q. H., los atributos y las virtudes, no son algo de que se goce o que se llegue a poseer por el solo hecho de recibirlos o de oír hablar de ellos: hay que ganarlos. Todos somos hombres, es cierto, pero no basta serlo: hay que ganar el derecho de ser llamado con ese nombre; del mismo modo, no basta ser consagrado masón, ser llamado hermano por los masones y tener la libertad de llamar a ellos con el mismo nombre, así como no basta oír hablar de fraternidad para ser fraterno, de tolerancia para ser tolerante o de caridad para ser caritativo. Todo esto hay que conquistarlo, y su conquista, como la conquista de todo lo que es valioso y fundamental, exige trabajo, sacrificio, paciencia y a veces dolor.

La O. M. dice al iniciado: “Os concedemos esos tres atributos, pero sólo en calidad de generoso anticipo. Debéis demostrar con vuestras obras, vuestros sentimientos y vuestros pensamientos que habéis sido dignos de nuestra generosidad.- Puede que lleguéis a serlo y puede que no, ya que no todos los hombres merecen lo que generosamente reciben, pero en ningún caso nadie vendrá a deciros que merecisteis o no nuestra generosidad.- Eso os lo dirá, en primer lugar, vuestra conciencia y en segundo la opinión que vuestros hermanos lleguen a tener de vos, opinión que es posible nunca lleguéis a conocer, ya que la tolerancia está muy unida, en ocasiones, a la caridad. En cuanto a las virtudes, os mostramos simplemente cuáles son. Adquiridlas y practicadlas, vivid de acuerdo con ellas y obrad en consecuencia. En una palabra, vuestro destino de masón depende de vos mismo y de nadie ni de nada más. Manos a la obra, pues”.

Porque, Q. H., es fácil entrar en la O. M., pero es difícil llegar a ser masón, no un masón perfecto, que es mucho decir, sino que nada más que un buen masón. Hay muchos obstáculos para ello y mucho tiempo de por medio; a veces, desilusiones; a veces, incomprensiones; cansancio a veces y a veces imposibilidad personal.

No se me oculta, Q. H., que este cuadro es sombrío y que estas palabras no tienen color de rosas y que uno y otras pueden descorazonar al que no tenga un corazón bien templado, pero el orador de una logia masónica y los masones en general no pueden, por ningún motivo, dejar de decir la verdad o permitir que otros, por comodidad o por otra cosa peor, no la digan. Es necesario recalcar esto una y otra vez: la O. M. no debe ni puede ser refugio de poltrones o de indiferentes, como no puede ser albergue de gente que no sabiendo qué hacer con sus ocios mentales o fisiológicos, viene a ella en busca de entretenimientos agradables; tampoco puede ni debe ser trampolín para los que no pudiendo ganarse una situación por sus propios medios, esperan encontrar en la M. [masonería] quien les ayude a saltar hacia posiciones más expectantes que la que tienen o merecen. Es posible que todo esto haya sucedido y es posible quizá que suceda aún, pero, sea como sea, es necesario que termine. O la O. M. es una

institución de hombres de índole desinteresada y de sacrificado espíritu, o no es nada y sería preferible que cerrara sus templos, destruyera sus símbolos y olvidara su ritual si no pudiera o si no puede ser lo que debe ser.

Q. H., no hemos olvidado, al decir esto, que esta noche es una noche de alegría para la Resp. Logia “Germinación” N° 81, pero tampoco hemos olvidado que somos masones y que, como tales, debemos vigilar la pureza y la integridad de cada uno de los hombres que se forman en nuestras filas o que ingresan a ellas.

Estas palabras van dirigidas, especialmente, a los queridos hermanos recién iniciados. La M. empieza con la iniciación, es cierto, pero no termina en ella; el camino es largo, como es largo todo lo que es espíritu. Estabais en la puerta, vendados, y habéis entrado y las vendas os han sido quitadas. Habéis recibido la luz. Haced buen uso de ella y nuestros corazones os lo agradecerán. Así sea.

## BIBLIOGRAFÍA

- Atria, Sergio. “Los cansados de la vida”. *Atenea* CLXII. 412 (1966): 205-212.
- Beresniak, Daniel. *Los oficios y los oficiales de la logia*. París: Ediciones Detrad. Trad. A. Moreno. 2001 [1992].
- Concha, Jaime. “Los primeros cuentos de Manuel Rojas”. *Manuel Rojas. Estudios críticos*. Naín Nómez y Emmanuel Tornés (eds.). Santiago: Editorial USACH, 2005. 333-351.
- Concha Ferreccio, Pablo. “Manuel Rojas, masón: primeras entradas de lectura”. *Manuel Rojas: una oscura y radiante vida. Nuevas lecturas y aproximaciones críticas*. María José Barros y Pía Gutiérrez (eds.). Santiago: Ediciones UC, 2020. 283-309.
- Del Solar, Felipe. “La Francmasonería en Chile: de sus orígenes hasta su institucionalización”. *REHMLAC. Revista de Estudios Históricos de la Masonería* 2/1 (2010): 1-15.
- Empresa Periodística Chile. *Diccionario biográfico de Chile*. 9ª ed. Santiago: Talleres Gráficos Periodística Chile Ltda., 1953-1955.
- “Júpiter”. “Orden interno”. *El aprendiz* I. 6 (Santiago, 6 de agosto de 1935): 1.
- Logia “Germinación” N° 81. Plancha 3<sup>er</sup> Gr., N° 7, 16 de julio de 1943. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- \_\_\_\_\_. Plancha 1<sup>er</sup> Gr., N° 1, 1° de junio de 1945. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- \_\_\_\_\_. Plancha 1<sup>er</sup> Gr., s/n, 25 de mayo de 1945. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- \_\_\_\_\_. Plancha 1<sup>er</sup> Gr. N° 15, 7 de junio de 1946. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- \_\_\_\_\_. Plancha 3<sup>er</sup> Gr., N° 5, 10 de julio de 1946. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- \_\_\_\_\_. Plancha 1<sup>er</sup> Gr., N° 3, 24 de marzo de 1944. Archivo de la Gran Logia de Chile.
- Martín, Luis. “Las logias masónicas. Una sociabilidad pluriformal”. *Hispania* 214: 523-549.
- Rojas, Manuel. “El último combatiente (Trotsky)”. *Babel* (1941): 15-16.
- \_\_\_\_\_. “España otra vez”. *Babel* 22 (1944): 11.

- \_\_\_\_\_. “Versos para la revolución de octubre”. *Babel* 24 (1944): 136.
- Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. III. Santiago: Santillana del Pacífico, 1986.
- Wirth, Oswald. *El libro del aprendiz. Manual de instrucción iniciática editado para el uso de los francmasones del primer grado*. Santiago: Imprenta Macarter, 1995.